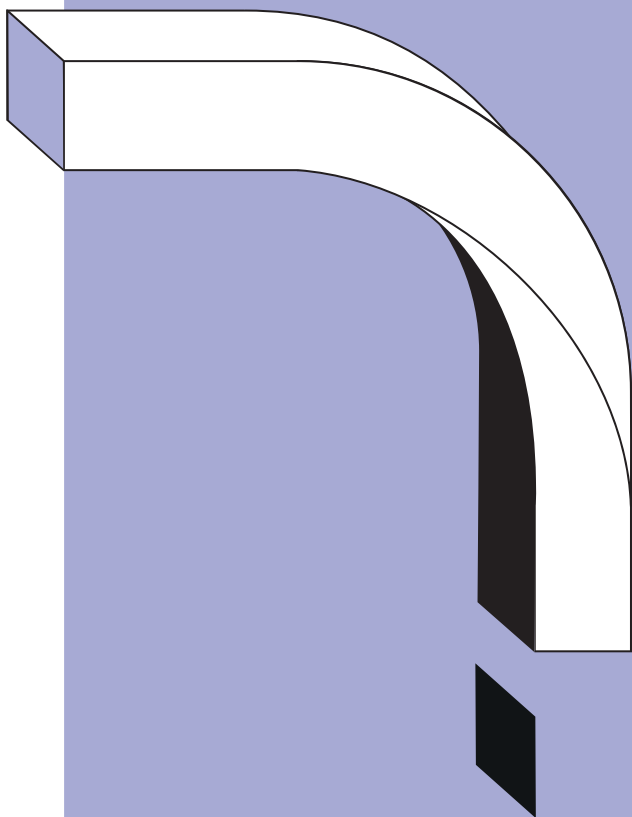


SARA AHMED

¡DENUNCIA!

---

El activismo de la queja  
frente a la violencia institucional



¡DENUNCIA!

---

El activismo de la queja  
frente a la violencia institucional

Ahmed, Sara  
¡Denuncia! El activismo de la queja  
frente a la violencia institucional  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Caja Negra, 2022.  
528 p.; 21 x 14 cm. - (Futuros Próximos, 46)

Traducción de Tamara Tenenbaum  
ISBN 978-987-48623-3-4

1. Feminismo. 2. Estudios de Género. 3. Violencia  
Institucional. I. Tenenbaum, Tamara, trad. II. Título.  
CDD 305.4201

Título original: *Complaint!*

© Duke University Press, 2021  
© Caja Negra Editora, 2022

## **Caja Negra Editora**

Buenos Aires / Argentina  
info@cajanegraeditora.com.ar  
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial:  
Diego Esteras / Ezequiel Fanego  
Producción: Malena Rey  
Coordinación: Sofía Stel  
Diseño de colección: Consuelo Parga  
Diseño de tapa: Consuelo Parga  
Maquetación: Cecilia Loidi y Sabrina Simia  
Corrección: Eva Mosso

SARA AHMED

¡DENUNCIA!

---


El activismo de la queja  
frente a la violencia institucional

Traducción / Tamara Tenenbaum

CAJA 03  
NEGRA  
FUTUROS  
PRÓXIMOS

## ÍNDICE

<u>9</u>	Introducción. Oír la queja
<u>61</u>	PARTE I - MECÁNICA INSTITUCIONAL
<u>65</u>	1. ¡Presten atención a la brecha! Políticas, procedimientos y otras formas de no-performatividad
<u>129</u>	2. Sobre que te detengan
<u>181</u>	PARTE II - LA INMANENCIA DE LA DENUNCIA
<u>185</u>	3. En el meollo del asunto
<u>239</u>	4. Ocupado
<u>303</u>	PARTE III - ¿SI ESTAS PUERTAS HABLARAN?
<u>311</u>	5. A puertas cerradas. Denuncias y violencia institucional
<u>379</u>	6. Sostener la puerta. Poder, ascenso, progreso
<u>437</u>	PARTE IV - CONCLUSIONES
<u>441</u>	7. Conclusiones colectivas
<u>461</u>	8. Colectivos de denuncia
<u>521</u>	Agradecimientos



# INTRODUCCIÓN

## OÍR LA QUEJA

Que te oigan como a una persona que se queja es lo mismo que que no te oigan. Oír a alguien como si se estuviera quejando es una forma muy efectiva de menospreciar a esa persona. No te hace falta escuchar el contenido de lo que está diciendo si *simplemente* se está quejando, o *si siempre* se está quejando. Pensemos en cuántos libros de autoayuda te enseñan a no quejarte o cómo dejar de quejarte. Los títulos hablan por sí mismos: *No Complaints: How to Stop Sabotaging Your Own Joy* [No más queja. Cómo dejar de boicotear tu propia alegría];<sup>1</sup> *Un mundo sin quejas. Cómo dejar de quejarse y comenzar a disfrutar la vida*;<sup>2</sup> *Stop Complaining: Adjust Your Mind-Set and Live a Happier Life* [Basta de quejarse. Cómo cambiar tu actitud

---

1. Ciana P. Stewart, *No Complaints: How to Stop Sabotaging Your Own Joy*, The No Complaining Project, 2017.

2. Will Bowen, *Un mundo sin quejas. Cómo dejar de quejarse y comenzar a disfrutar la vida*, Barcelona, Grijalbo, 2008.

y vivir una vida más feliz].<sup>3</sup> Las instrucciones sobre la queja son mensajes sobre la queja. El mensaje: quejarse no solamente es ser negativa, es estar atrapada en lo negativo. Quejarse es una manera de evitar tu propia felicidad y la felicidad de otros: la queja como género aguafiestas.

¿Quiénes son percibidas como quejosas? Una percepción puede ser un juicio. Una forma de oír puede ser una historia. Podemos recurrir a los archivos del feminismo negro para oír la historia de ese juicio. En un ejemplo de esto, una mujer afroamericana de clase trabajadora llamada Lorene Cary escribe sobre su madre: “Siempre lo veía venir. Un encargado blanco cualquiera en un negocio miraba a mi madre y lo único que veía era a una joven negra, modestamente vestida, haciendo alguna queja pesada. Usaba ese tono de voz que indicaba que tenía trabajos más *importantes* que hacer en otra parte. Ajá. Luego la despreciaba con la mirada. Yo sentía el cuerpo de ella endurecerse a mi lado, y entonces sabía que él la había provocado”.<sup>4</sup>

Cary “siempre lo veía venir”. Ya conoce las reacciones de su madre; puede sentir las a medida que suceden. Más atrás en el texto, Cary describe el modo en que su madre ha “estudiado” a los “blancos ricos” para los que ha trabajado –como alguna vez lo había hecho la madre de su madre– y también el modo en que Cary “estudiaba” a su madre.<sup>5</sup> Estudiar a su madre es aprender qué la provoca: los “blancos ricos”, los encargados, los empleadores, que la desprecian por ser “una joven negra modestamente vestida haciendo alguna queja pesada”. Cary puede oírlo y verlo por sí misma: cómo él “usaba ese tono de voz”, cómo “la despreciaba con la mirada”. También puede oír cómo su

---

3. Joey Centanni, *Stop Complaining: Adjust Your Mind-Set and Live a Happier Life*, Publicación independiente, 2019.

4. Lorene Cary, *Black Ice*, Nueva York, Random, 1991, p. 58.

5. *Ibid.*, p. 57.

madre lo oye, ver cómo su madre lo ve. Cary muestra cómo el conocimiento de las feministas negras puede pasarse de generación en generación como una intimidad con las reacciones corporales.

Que te oigan como si estuvieras haciendo una queja pesada es que te consideren una pesada, que consideren que estás distrayendo a alguien de “trabajos más importantes” que tiene que hacer en otra parte. En ese momento, oímos la historia, la historia de cómo las mujeres negras son interpretadas como simples quejosas, la historia como algo que sigue, que sigue y sigue con lo mismo. Este relato no habla solamente de cómo la madre de Cary es interpretada, en cuanto mujer negra, como alguien que hace “una queja pesada”. Habla también de la reacción de esta madre, del endurecimiento de su cuerpo; de cómo es provocada. La madre de Cary se niega a aceptar el mensaje: esto no es importante, usted no es importante, lo que importa está en otra parte. Aquellas personas que son acusadas de ser quejosas y pesadas tienen algo para enseñarnos sobre la queja, sobre la politicidad del modo en que algunas quejas son recibidas, sobre lo que hace falta para rechazar un mensaje sobre quién importa y qué es lo que importa.

Qué hace falta, quién hace falta. Encontré las memorias de Cary porque estaban citadas en el texto clásico de Patricia Hill Collins, *Black Feminist Thought* [Pensamiento feminista negro].<sup>6</sup> Collins parte de la descripción de Cary para mostrar cómo las mujeres negras emergentes iban por la vida “sobreviviendo cotidianamente a la falta de respeto y los ataques explícitos que acompañan las imágenes de control”.<sup>7</sup> Citar también puede ser una forma de escucha. Dependemos de lo que otras personas pueden escuchar.

---

6. Patricia Hill Collins, *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*, Londres, Routledge, 2000.

7. *Ibíd.*, p. 96.



Collins pudo oír lo que la madre de Cary oía a través de lo que Cary podía oír que oía su madre. Collins utiliza esa escucha para mostrar lo que las mujeres negras saben sobre las “imágenes de control” en las estrategias que desarrollan para sobrevivir a ellas.

Una queja: cómo mostramos lo que sabemos. Más adelante en el texto, Collins evoca la figura de la quejosa. En referencia al problema de “no ver colores”,<sup>8</sup> la forma en que el racismo se reproduce al no ser visto, Collins observa: “Las mujeres negras que denuncian discriminación y que afirman que las políticas y los procedimientos podrían no ser tan justos como parecen pueden ser más fácilmente desestimadas como quejosas que quieren favores especiales e inmerecidos”.<sup>9</sup> El racismo mismo puede ser desestimado como una simple queja.

*Esa* desestimación tiene una historia. Una historia puede estar hecha de muchas instancias. En otra instancia, Amrit Wilson discute un informe escrito por Hamada Kasi en la revista feminista *Spare Rib* en 1976.<sup>10</sup> Cuenta la historia de una mujer asiática que es atacada por su marido. Wilson ofrece un análisis sutil del modo en que los medios enmarcan estas historias y las difunden al público masivo. Escribe: “Cuando estas historias se informan en los medios, se utilizan para mostrar que los asiáticos son

---

8. La expresión que se utiliza en el original en inglés es *color blindness*, cuya traducción literal podría ser “ceguera ante el color” y que en inglés refiere tradicionalmente al daltonismo; en la bibliografía sobre racismo, no obstante, esta expresión vuelve a su traducción literal para referir a la idea de que la forma correcta de combatir el racismo es “ver personas y no ver colores”, es decir, ignorar las diferencias raciales como si eso pudiera hacerlas desaparecer. [N. de la T.]

9. Patricia Hill Collins, *Black Feminist Thought*, op. cit., p. 279.

10. El artículo se llamaba “It Is not Like Asian Ladies to Answer Back” [Las damas asiáticas no contestan] (Amrit Wilson, “It Is Not Like Asian Ladies to Answer Back”, en James Proctor [ed.], *Writing Black Britain: An Interdisciplinary Anthology 1948–1988*, Mánchester, Manchester University Press, 2000, pp. 184–192). Ver también, Amrit Wilson, *Finding a Voice: Asian Women in Britain*, Québec, Daraja, 2018.

‘poco civilizados’, y que deberían estar poniendo orden al interior de su propia comunidad en lugar de quejarse tanto del racismo”.<sup>11</sup> Este es un uso más bien ligero de la palabra *quejarse*; podría parecer que no vale la pena señalarlo. Palabras pesadas pueden usarse de modo ligero. Quejarse, queja, quejoso: podemos ser aplastados por el peso de las palabras y de los juicios. A partir de una sola oración, aprendemos que hablar de racismo no solamente implica que nos oigan como si nos quejáramos, sino como si nos quejáramos del tema incorrecto; hacer del racismo una queja que es en realidad una manera de evitar ocuparse de los problemas al interior de la propia comunidad. El racismo se convierte en esa queja pesada, en el modo en que algunas personas se cansan o cansan a otros, evitando hacer lo que deberían estar haciendo (“poniendo orden al interior de su propia comunidad”).

Juzgar que algo es una queja también puede ser una orden: dejen de quejarse como una demanda de que se corrija lo que está mal. Wilson muestra que una historia que se instrumenta para propósitos racistas (como la evidencia de que los asiáticos son “incivilizados”) puede también utilizarse para desestimar el racismo como una simple queja. El racismo muchas veces se expresa como la subestimación del racismo en cuanto solo una queja. Los relatos sobre la violencia contra mujeres asiáticas se utilizan a menudo como un instrumento para exigir compromiso con un proyecto nacional. Este compromiso se realizaría mediante la disposición a localizar el problema de la violencia en el ámbito de tu propia comunidad antes que en el de la nación; esta última violencia es entendida en general como racismo. Una puede convertirse en una quejosa debido al lugar en el que localiza el problema. Convertirse en quejosa es convertirse en el lugar de un problema. Wilson, al escuchar cómo “contestan” las

---

11. *Ibíd.*, p. 188.

activistas asiáticas, en referencia al título de su artículo, nos enseña que algunas personas están dispuestas a convertirse en quejosas, a localizar un problema, a devenir el lugar de un problema.

## UN OÍDO FEMINISTA

Era importante para mí comenzar este libro mostrando cómo se desoyen las quejas o los modos en que no nos oyen cuando nos oyen como si nos estuviéramos quejando. Mi objetivo aquí es contrapesar esta historia dándole a la queja una audiencia, un lugar, una escucha. Una historia puede volverse rutina; una historia puede ser cómo aquellas personas que se quejan son desestimadas o consideradas poco creíbles. Creo que mi método en este proyecto se trata de escuchar, de prestar mi oído o devenir un oído feminista. Presenté por primera vez la idea de un oído feminista en mi libro *Vivir una vida feminista*.<sup>12</sup> Estaba describiendo una escena de la película feminista *El silencio de Christine M. (A Question of Silence)*, dirigida por Marlene Gorris en 1982). En la escena, una secretaria está sentada en una mesa. Hace una sugerencia. Los varones de la mesa no dicen nada. Es como si ella no hubiera dicho nada. Un hombre en la mesa, luego, hace la misma sugerencia. Todos se lanzan a felicitarlo por su gran idea.

Ella se queda sentada en silencio. Una cuestión de silencio: puede oír cómo no la oyeron; sabe cómo y por qué la pasaron por alto. Es una simple secretaria: es la única mujer en una mesa de hombres. No se supone que tenga ideas propias; se supone que escribe las ideas de ellos.<sup>13</sup> Oír con un oído feminista es oír a quien no es oída, oír

---

12. Sara Ahmed, *Vivir una vida feminista*, Buenos Aires, Caja Negra, 2021.

13. En esta breve descripción hay una pista sobre cómo una secretaria puede convertirse en una saboteadora. Ver el capítulo 8 para un análisis al respecto.

cómo no nos oyen. Si nos enseñan a silenciar a algunas personas, un oído feminista es un logro. Nos volvemos amplificadoras de aquellas voces que han sido silenciadas, y así podemos ser ellas, lo que significa que levantar la voz por nosotras mismas también puede ser un logro. Cuando observamos quiénes son escuchados aprendemos quiénes son considerados importantes, o de quiénes se piensa que hacen un “trabajo importante”, para volver al afilado análisis del feminismo negro de Cary. Aprendemos que algunas ideas solo pueden ser escuchadas si vienen de las personas correctas; “correctas” puede significar “blancas”. ¿Qué dirías o qué harías si fueras la persona que es pasada por alto? ¿Qué dirías o qué harías si tus ideas fueran oídas como si provinieran de otra persona? ¿Te quejarías? ¿Dirías algo, expresarías algo? La cuestión de la queja está íntimamente vinculada a la de la escucha, a la pregunta sobre cómo nos expresamos teniendo en cuenta qué o quiénes son pasados por alto.

Escuchar la queja es ponerse a tono con las distintas maneras en que puede ser expresada. Podemos hacer aquí una pausa y considerar los distintos sentidos de la palabra queja. Una queja puede ser una expresión de pena, dolor o insatisfacción, algo que es causa de protesta o reclamo, un malestar del cuerpo o una denuncia formal.<sup>14</sup> Mi investigación sobre la queja empieza por esta última acepción. Sin embargo, como mostraré a lo largo de este libro, el sentido de la queja como denuncia formal trae a colación otros sentidos, más afectivos y más encarnados. Fue un oído feminista el que me trajo hasta aquí; aquello que escuché en la queja o desde la queja me condujo a este proyecto. Lo que me inspiró fue mi participación en una serie de investigaciones sobre acoso sexual y conductas sexuales inapropiadas impulsada por una denuncia colectiva

---

14. Esta definición deriva del diccionario Merriam Webster, disponible en [merriam-webster.com](http://merriam-webster.com).

radicada por un grupo de alumnas. Otra forma de decir lo mismo: el proyecto fue inspirado por las estudiantes. Si mi tarea en estas páginas es escuchar quejas, oír las, trabajar con ellas y a través de ellas, este libro es una continuación de una tarea que empecé con las estudiantes.

Importa dónde oímos la queja; importa cuándo oímos la queja. Todavía recuerdo el día en que escuché por primera vez algo sobre las alumnas que habían presentado una denuncia colectiva. Habían pedido una reunión. Me solicitaron asistir en mi calidad de académica feminista perteneciente a otro departamento. Las estudiantes habían requerido esta reunión porque una investigación sobre un caso de acoso sexual que había ocurrido en el verano no encontró suficiente evidencia, o evidencia presentada correctamente, para que la denuncia avanzara. Las alumnas que conocí ese día ya habían conformado un colectivo para escribir una queja. Por ellas supe cómo y por qué habían creado ese colectivo. Ustedes también tendrán la oportunidad de saber más sobre ese colectivo en el capítulo 7 de este libro. Además, me enteré de que habían tenido lugar varias investigaciones anteriores, impulsadas por denuncias previas. Desde entonces he comprobado que esto es muy común: cuando una se involucra en una denuncia, se termina enterando de denuncias previas. Una llega a escuchar algo que antes no conocía.

Fui a la reunión de las estudiantes junto con otra académica. Antes del encuentro, le escribí para decirle que me habían "enfaticado" que "la voluntad institucional es que cualquier denuncia formal presentada por escrito tenga consecuencias inmediatas". Transmití este énfasis antes de la reunión, pero las alumnas me enseñaron a ponerlo en cuestión. Al insistir en que las estudiantes presentaran individualmente quejas formales por escrito, la universidad les estaba pidiendo que renunciaran a su anonimato, que se hicieran incluso más vulnerables de lo que ya lo habían hecho. Al día siguiente volví a escribirle a la

colega con la que había ido a la reunión para manifestarle que si la posición oficial era que necesitábamos quejas formales por escrito firmadas por personas individuales para reabrir las investigaciones, quizá nos convendría “estratégicamente” intentar “conseguir esa evidencia”; pero también estuvimos de acuerdo en la necesidad de hacer un esfuerzo por modificar esa posición. Nos dimos cuenta de que nuestra tarea no debía ser la de convencer a las estudiantes de presentar denuncias por escrito, sino la de convencer a la universidad de que escuchara las quejas que ya se habían presentado.

Escribimos un informe detallando lo que las estudiantes habían compartido con nosotras. Citamos a una autoridad en derecho que nos confirmó que una declaración formal presentada por escrito no debería ser necesaria para establecer “el balance de probabilidad” de que el acoso hubiera sucedido, que era lo único que hacía falta establecer en términos legales. Cerramos el informe con la afirmación de que quienes habían sido víctimas de acoso “no deberían ser las responsables de buscar su reparación”. Al escuchar a las estudiantes, habíamos comprendido cuánto trabajo, tiempo y energía habían invertido ya en identificar y documentar el problema. Como exploraré a lo largo de este libro, presentar una queja nunca consiste en una única acción: muchas veces requiere que trabajes más y más. Es agotador, en especial teniendo en cuenta que las razones por las que nos quejamos ya son agotadoras.

El informe que escribimos después de la reunión produjo más intercambios entre académicos y autoridades, la reapertura de la investigación, y luego más investigaciones. Podemos identificar un problema en esta secuencia de eventos. Para que la denuncia de las alumnas fuera oída, o para que fuera oída con un compromiso más fuerte de actuar, debía ser presentada por docentes. Las denuncias, parece, llegan más lejos en la medida en que aquellas personas con mejores posiciones en la organización

deciden expresarlas o apoyarlas. El camino que sigue una queja, adónde y cuán lejos llega, nos enseña algo sobre el funcionamiento de las instituciones, lo que en la primera parte de este libro llamo la *mecánica institucional*. No debería ser necesario el apoyo de personas más reconocidas para que una queja se haga oír. Pero cuando efectivamente es así, ese apoyo puede ser vital para evitar que una denuncia se estanque.

Trabajar en una denuncia se trata a menudo de entender cómo se estanca una denuncia. Fue a partir de la indefinición en el curso del proceso que llegamos a una solución de consenso: los y las estudiantes podrían presentar denuncias anónimas. Una vez que los requisitos formales para denunciar se flexibilizaron, aparecieron muchos más estudiantes para testificar en las investigaciones. Este proceso no tuvo nada de automático; las quejas no nos inundaron como el agua de una cañería recién desobstruida. Las estudiantes tuvieron que hacer un esfuerzo consciente y colectivo para presentar quejas que fueran, en sus términos, "legibles para la universidad".<sup>15</sup> No es solamente que una denuncia no se completa con una única acción; muchas veces hay que hacer las mismas denuncias de maneras diferentes antes de que sean oídas o para que sean oídas. Muchas de las alumnas que testificaron en estas investigaciones compartieron sus historias conmigo. Esas historias siguen siendo suyas. No las relato aquí; pero he escrito *¡Denuncia!* con ellas en mente. Las escucho junto con otras que he recogido para escribir este libro. Volverse un oído feminista es oír las quejas todas juntas.

Un oído feminista puede pensarse como una táctica institucional. Para oír las quejas hay que desarmar las barreras que nos impiden oírlas, y cuando digo barreras me

---

15. Ver en este volumen el capítulo 7 de Leila Whitley y otras. Las autoras describen el modo en que, aunque presentaron denuncias individuales, trabajaron de manera colectiva. Podemos resistir las demandas institucionales de adoptar ciertas formas aparentando adoptar esas formas.

refiero a barreras institucionales: las puertas y las paredes que hacen que mucho de lo que se dice y se hace se vuelva invisible e inaudible. Si para oír las quejas tenemos que dismantelar las barreras, oír las quejas nos hará más conscientes de esas barreras. En otras palabras, oír las quejas puede ser también el modo en que aprendemos cómo son desoídas esas quejas.

Oír las quejas implica trabajo, porque hace falta trabajo para que otras personas te contacten. Devenir un oído feminista no se trató solamente de escuchar las denuncias de las estudiantes; fue también una cuestión de compartir el trabajo. Implicó también hacerse parte de su colectivo. Su colectivo se volvió nuestro. Pienso en ese nuestro como la promesa de los feminismos, un nosotras que más que una posesión es una invitación, una apertura, una combinación de fuerzas. Trabajamos juntas para confrontar más directamente a la institución que desde su rol habilitaba y reproducía una cultura del acoso. Cuanto más difícil de atravesar, más cosas hay que hacer. En la medida en que más intentábamos confrontar el problema del acoso sexual como problema institucional, más nos negábamos a aceptar declaraciones endebles sobre lo que la universidad se comprometía a hacer; cuanto más cuestionábamos el modo en que la universidad modificaba sus políticas sin comunicarle a nadie las razones de esos cambios (capítulo 1), más resistencia encontrábamos.

Denunciar: el camino más resistido. La institución se convierte en aquello que hay que enfrentar. En algunos momentos parecía que estábamos llegando a alguna parte; en otros, la pared se derrumbaba y descubríamos que no importaba cuán lejos intentase ir la institución, porque nunca llegaría lo suficientemente lejos. Ni siquiera conseguimos que las autoridades reconocieran públicamente que las investigaciones existían. Era como si nunca hubieran sucedido. Escuchar la queja puede ser escuchar ese silencio: lo que no se dice, lo que no se hace, lo que no se resuelve. Fue en una de esas ocasiones, con los muros



colapsando (el sonido del silencio puede ser el de paredes derrumbándose), que decidí que quería investigar sobre la experiencia de otras personas en relación con las denuncias. Mi propia experiencia trabajando con las estudiantes me condujo a este proyecto. Gran parte de lo que hacemos, el trabajo, la lucha, sucede a puertas cerradas: nadie lo sabe, nadie debe saberlo. Mi deseo de realizar esta investigación surgió de un sentimiento de frustración, la sensación de hacer mucho y lograr poco. La frustración puede ser un registro feminista. Mi deseo provenía también de mi propia convicción de que preguntándoles a las personas que denuncian por su experiencia, podemos aprender mucho sobre las instituciones y el poder: la queja como pedagogía feminista. Sí, la frustración puede ser un registro feminista. Otra forma de decir lo mismo: cuídense, tenemos los datos.

El conocimiento que adquirimos por estar en una situación a veces puede requerir que abandonemos esa situación. Lo que aprendí acerca de las instituciones a partir de apoyar una denuncia me impulsó a irme; en ese momento no lo sentí como una elección sino como lo que tenía que hacer. Vuelvo mentalmente a esa sala en la que escuché a las estudiantes por primera vez. Cuando estás involucrada en una denuncia, todavía estás en el trabajo; todavía estás haciendo tu trabajo. Entraba a esa sala una y otra vez, la misma en la que habíamos tenido la reunión. Era la sala de reuniones del departamento al que yo pertenecía, un lugar muy concurrido. Hubo otros encuentros allí, encuentros académicos, papeleo, personas y páginas que había que organizar. Era la misma sala, pero bien podría haber sido otra; quizá de hecho fuera otra. Estaba llena de recuerdos, ocupada por una historia que se sentía tan tangible como las paredes. Lo que una escucha en una habitación termina llenando esa habitación. Sencillamente ya no podía aparecer en esas mismas reuniones, ni hacer las cosas de siempre.